



OBRAS BREVES DE
**JACQUES
MARITAIN**



JACQUES MARITAIN
EMBAJADOR DE FRANCIA
ANTE EL VATICANO

Discursos de Maritain y de SS Pío XII
en la presentación de Cartas Credenciales.

10 de Mayo de 1945



Discurso de Jacques Maritain

Santo Padre:

Permitidme que al presentarme hoy ante Vuestra Santidad evoque los días Inolvidables en que siendo Cardenal Secretario de Estado de S. S. Pío XI, vino a aportar a Francia todavía en paz, aunque precaria y amenazada, el consuelo de su presencia y del afecto de la Santa Sede, y que al escuchar su palabra en Lisieux, en Lourdes o en París, las masas de Francia estallaron en aclamaciones, signos de la ardiente esperanza despertada en nuestro pueblo por el augusto mensaje que recibía de labios de quien sería muy pronto Su Santidad Pío XII.

La Francia que yo tendré el insigne honor y el orgullo de representar ante Vuestra Santidad es la que a través de los siglos y de las vicisitudes de la historia formaron el pueblo de Francia y sus santos. Es un país magullado y herido, que ha permanecido fiel a su ser y que ha vuelto a tomar su lugar en medio de las naciones gracias al heroísmo de muchos de sus hijos, y que, junto a los pueblos amigos a los que ha unido su fuerza, recupera a un mismo tiempo el sentido de su vocación y el de su grandeza. Esta Francia ha conocido el Infierno durante cuatro años: ha luchado contra la mentira, ha conocido la tortura, ha sabido de la horrorosa deportación. De hecho, por lo que se llamó política de colaboración y los pretextos falaces con que tal política se revestía, Francia ha conocido también la prueba moral y política más cruel de su historia. Ha superado esta prueba, aspira a profundas transformaciones y tiene sed de unidad, se ha reunido en el encuentro actual de sus libertades democráticas y en la expectativa y preparación de la tarea que tendrá que cumplir después de la guerra, en torno a aquel hombre que desde Junio de 1940 enfrentó a las falsas apariencias históricas su fe en la Patria.

En su amor por la Iglesia y en mi amor por mi país tengo la firme esperanza, que expreso ante Dios con mi más ferviente plegaria y que me guiará durante mi misión, que la Iglesia ayudará y bendecirá el esfuerzo de la nación que se siente orgullosa del nombre de hija mayor, y que el generoso corazón de Vuestra Santidad abrirá más ampliamente que nunca a esta Francia antigua y nueva penetrada por la levadura del Evangelio, los tesoros de un afecto, cuyas pruebas ha dado ya en múltiples ocasiones al pueblo francés y de la que este guarda una gratitud profunda.

Curiosamente, para representar a Francia ante Vuestra Santidad, en estos días en que el mundo emerge dolorosamente de la más atroz de las guerras, el Gobierno francés ha escogido a un filósofo que ha consagrado su ya larga vida a defender ante las mentes contemporáneas el pensamiento del Doctor Común de la Iglesia y en una búsqueda de su aplicación viviente en variadas áreas. Este filósofo católico, en virtud de su misión no sólo representará a Francia católica ante el Soberano Pontífice, sino a Francia en su totalidad, con las divergencias internas que vienen del pasado y que se encuentran congregadas en su comunión nacional.

Teniendo, pues, la misión de ser ante el más alto poder espiritual el intérprete de un país cuya historia y vocación temporales están cargadas a la vez de tantos contrastes y tanta espiritualidad, yo quisiera hoy sacar ventajas de este hecho para rendir a Vuestra Santidad el homenaje conjunto de los católicos y de los no católicos de mi país, y para decirles que si los primeros veneran en Ella, como yo mismo venero, al Vicario del Verbo Encarnado y al Jefe de la Santa Iglesia, los otros, que no son cristianos o que no creen serlo, se inclinan respetuosamente ante Ella como ante el Defensor del derecho natural, de esta dignidad humana, de esta *caritas humani generis*, que nuestro tiempo ha visto tan abominablemente abofeteadas, y que en un mundo en que los progresos de las utilidades técnicas de la materia presentan tantos problemas angustiosos, tienen más que nunca necesidad – lo reconocen abiertamente – de la autoridad moral y de las enseñanzas universales de la Voz consagrada a la verdad divina.

Opus justitiae pax. En la organización de la paz futura y en el trabajo de reconstrucción, Francia se guiará por el anhelo de justicia y del bien de la comunidad civilizada, y por el deseo de hacer prevalecer en el mundo el respeto de la persona humana y de sus derechos, que devuelve a los hombres la posibilidad de orientarse, a fuerza de mucha abnegación y sacrificio, hacia ese amor mutuo y fraternidad que va inscrito en su enseñanza. Es para Francia

un motivo inestimable de esperanza el pensamiento de que su ideal por la reconstrucción del universo civilizado está de acuerdo con los principios formulados por Vuestra Santidad en encíclicas y discursos que el mundo entero ha escuchado con veneración.

Francia no se hace ilusiones sobre las dificultades que nuestro tiempo debe superar. Sabe que la guerra, concluida militarmente, corre el riesgo de continuar bajo otras formas, de orden moral y espiritual, en que el nihilismo pagano cuenta locamente con la fecundidad del mal que se pondrá todas las máscaras con el ánimo de sembrar en todas partes los gérmenes de corrupción, de odio y de desintegración moral. Sabe que en esta nueva lucha las primeras armas que se requieren serán las del espíritu aplicado a la reconstrucción moral. Francia estará en su lugar en este combate.

Nutridos con aquellas tradiciones olvidadas, de estas lecciones y del ideal de la cristiandad, estoy convencido que la llama que sostiene por su vocación histórica, su acción en el mundo y el ideal temporal que ella misma persigue son una de las mayores esperanzas de esta civilización verdaderamente humana y verdaderamente universal de esta cristiandad – para denominarla con su nombre cristiano –, cuya vida y tradición perdurables se renuevan de siglo en siglo como la juventud del águila en una nueva floración de la misma, con claridad u oscuramente aspiran hacia esto hoy día todos los hombres de buena voluntad.

Santo Padre, si nunca antes un Embajador de una gran nación se ha dirigido a Vuestra Santidad para pedirle ayuda en su alta misión, yo lo hago hoy con emoción del corazón que no trato de disimular y con un fervor y confianza particularmente vivos. Me veo impulsado al mismo tiempo por mi filial veneración al Soberano Pontífice y por la conciencia de mis responsabilidades.

Con estos sentimientos profundos de fervor y confianza Inauguro mis funciones, entregando a Vuestra Santidad las cartas del Presidente del Gobierno Provisional de la República Francesa que me acreditan ante Ella en calidad de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario.

Discurso de Pio XII

Señor Embajador:

Con viva satisfacción hemos acogido el deseo expresado por el señor General De Gaulle, Presidente del Gobierno provisional de la República francesa, de “no interrumpir las óptimas relaciones que vinculan a Francia y la Santa Sede”.

La misión confiada a Ud. para continuarlas se abre en un tiempo tormentoso, durante una de las crisis que anteceden a horas decisivas de la historia.

Ciertamente debemos alegrarnos todos porque hemos llegado a ver a Europa en el final de una guerra de titanes para la cual los pueblos han sacrificado en el más alto grado sus energías físicas y morales. Pero aún estamos lejos de la atmósfera serena en cuyo seno debería no solamente completarse la liquidación del conflicto en los planos económico y político, sino también prepararse a la nueva organización del mundo, particularmente lejos de la “*tranquillitas magna*” de los espíritus, de donde la humanidad espera después de la tormenta, como fruto de sus esfuerzos y de sus penas, una paz sabia y justa.

Es demasiado esencial y precioso el papel que corresponde a Francia en el establecimiento de un orden pacífico – tanto en el continente europeo como en la gran comunidad de las naciones – para que dejemos de augurarle ardientemente su salida de la ruina en que la precipitara la guerra y que eleve nuevamente su voz en la elaboración de una nueva Europa, en la restauración de la cultura cristiana de acuerdo con la doctrina social católica.

Funestas experiencias, primero la de una trágica evolución política de postguerra y después la marea ascendente de las ideas de dominio y violencia, pusieron a Francia en mala situación; sufrió tanto, que en la hora actual y en todos los grados de la escala social, los espíritus reflexivos y conscientes de sus responsabilidades repudian con mayor horror que nunca la idolatría de la fuerza.

Cuanto pueda hacerse para desembocar en el arrepentimiento, que conduzca hacia una colaboración pacífica de los movimientos dominados por este espíritu violento, la Iglesia, y en particular su autoridad suprema, lo ha hecho, y no dudamos que la historia, imparcial y serena sabrá reconocerlo. Pero cuántas lágrimas se hubieran ahorrado, si quienes hoy contemplan espantados las consecuencias de sus errores, hubieran querido escuchar a la Iglesia, cuando les advirtió que sus sueños ambiciosos y de grandeza les llevaban por un camino de tinieblas y del abismo.

Es en este momento de crisis y responsabilidades, Señor Embajador, cuando el Jefe del Gobierno os ha confiado la función de representar a vuestro país ante la Santa Sede. Apreciamos y saludamos en Vuestra Excelencia a un hombre que, haciendo abierta profesión de su fe católica y de su culto por la filosofía del Doctor Común, pone a disposición sus ricas cualidades al servicio de los grandes principios doctrinales y morales que, sobre todo en estos tiempos de universal desorden, la Iglesia no cesa de inculcar en el mundo. Y nos complace ver en la elección de vuestra persona para la misión que hoy iniciáis, la prueba de quienes os la han confiado, que entienden perfectamente que en la obra de restauración de Francia y de Europa, promueven los beneficios que derivan de las buenas relaciones entre Iglesia y Estado.

No podemos menos de formular nuestra esperanza en los órganos llamados a constituir la nueva Francia que serán un aporte de afirmación de estas confiadas relaciones, sobre todo en el sagrado terreno de la enseñanza y educación cristiana de la juventud, de franca claridad y de sincera comprensión que constituyen uno de los primeros deberes de toda sabia y clarividente política. Ud. mismo recordaba Señor Embajador – era antes de la exposición de la guerra –, una palabra del venerable y recordado Cardenal Verdier.

Hablaba él de “este nuevo eje de civilización que Francia debe establecer con la Iglesia” (‘El Crepúsculo de la Civilización’, pág. 30). Nada más espontáneo para nos que esta invitación para hacer compatible desde nuestro cargo que preparar la realización de este deseo del gran Cardenal, de este hijo modelo de su Patria. Entre las nobles aspiraciones de una humanidad deseosa del progreso social y las enseñanzas de la fe cristiana, no podría haber tensión u oposición, sino en el caso de que la ignorancia, el prejuicio o la pasión se interpusieran con el ánimo de romper el lazo de una concordia querida por Dios.

Nos, que hemos palpitado en nuestro interior con los indecibles dolores del pueblo de Francia durante estos años de guerra, que hemos llorado sobre las innumerables tumbas de sus hijos e hijas, sobre su interminable cautiverio y su dura servidumbre, ¿cómo no vamos a alegrarnos hoy al verla, a pesar de todas sus heridas, ponerse en pie para remontar los arduos obstáculos y prepararse a un porvenir digno de ella?

Confiado en la protección de la Santísima Virgen María, en la de Santa Juana de Arco cuyo sueño era ver una Francia fuerte, libre y piadosa que viviera en paz y amistad con los pueblos vecinos, en la Santa Teresa del Niño Jesús a quien hace poco hemos propuesto junto a los anteriores como patrona de Francia, con la intercesión de tantos santos que emergieron de la más pura sangre de Francia, que trabajaron, lucharon y sufrieron para extender por el mundo el reino de Dios, no podemos tener otro anhelo que el de ver a la hija mayor de la Iglesia, grande, próspera, unida en la verdad y en la justicia, cumpliendo el papel en la renovación espiritual y temporal de un mundo tan profundamente quebrantado. Ruego a Ud. sea portador de estos votos al valiente Jefe del Gobierno provisional de vuestra noble y entrañable Patria.

En cuanto a Ud., tenga la certeza, Señor Embajador, que en el cumplimiento de su alta misión, Vuestra Excelencia encontrará siempre de nuestra parte el apoyo más pronto y caluroso.

